



Las notas más seductoras
suelen ser las más mortíferas.

CANCIÓN DE LA LLUVIA ETERNA

E. J. MELLOW

CROSS
BOOKS

CANCIÓN
DE LA
LLUVIA
ETERNA
E. J. MELLOW

CROSSBOOKS, 2025
crossbooks@planeta.es
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Song of the Forever Rains*
© del texto: E. J. Mellow, 2021
Publicado de acuerdo con Amazon Publishing, www.apub.com y Sandra Bruna Agencia Literaria.
© de la traducción: Juan Naranjo, 2025
© Editorial Planeta, S. A., 2025
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
© del diseño e ilustración de cubierta: Micaela Alcaino

Primera edición: julio de 2025
ISBN: 978-84-08-30568-2
Depósito legal: B. 10.858-2025
Impreso en España

El papel de este libro procede de bosques gestionados de forma sostenible y de fuentes controladas.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

CAPÍTULO UNO

Larkyra ya sabía que la hoja estaba desafilada antes de que esta se desplomase para cortarle el dedo. Un grito le ascendió por la garganta como una flecha y tuvo que contenerlo con todas sus fuerzas. Su magia y su capacidad de control luchaban en sus venas arañando y dando patadas como un niño mimado.

«¡Permanece en silencio!», se gritó Larkyra sin palabras, apretando los dientes mientras el dedo le ardía con un dolor abrasador que subía en oleadas por el brazo.

La hoja volvió a caer, pero esta vez con un golpe sordo y decidido que atravesó el hueso hasta que el filo se clavó en la superficie de madera.

A Larkyra se le llenó la boca de bilis. Pero también se obligó a detener esa reacción.

A través del sudor y las lágrimas, Larkyra observó la punta de su dedo anular, ya separada del resto de su mano. El titilar de las velas alumbraba el muñón ensangrentado, mutilado a la altura de la segunda falange.

—No hay duda de que eres valiente —dijo el dueño de la casa de empeños al extraer el anillo de esmeraldas de lo que le quedaba de dedo—. Tonta pero valiente. Cualquiera en tu situación estaría ahora mismo sollozando.

Sus secuaces, que habían estado sujetando a Larkyra por los hombros, la soltaron. Mientras se aferraba la mano herida contra el pecho y el líquido le empapaba la falda, Larkyra mantuvo su cuerpo rígido haciendo un importante ejercicio de autocontrol. No se atrevía a hablar, ya que, de hacerlo, temía que no solo fuese su sangre la que salpicara la habitación.

Su magia estaba rabiosa, ávida de venganza. La sentía como una tetera hirviendo, como un volcán a punto de entrar en erupción. Quería emanar de su boca, desbordarse e inundar todo lo que viese a su paso. Reclamaba el ojo por ojo.

Pero Larkyra no la iba a dejar salir porque, en este momento, no confiaba en poder controlarse. En su vida, ya había herido a demasiada gente con sus sonidos.

Además, sin ninguna duda, se había ganado ese dolor. Nadie la había obligado a robar aquel anillo.

Lo bueno es que había aprendido la lección de que, la próxima vez, tendría que viajar más lejos antes de empeñarlo. Los bajos fondos de Jabari constituían una red de negocios muy bien entretrejida, y tendría que haber sabido que no podía hacer negocios tan cerca de la escena del crimen. Pero ¿cómo iba a saber Larkyra que la persona a la que le había robado el anillo era la esposa del dueño de la casa de empeños?

Así que Larkyra pagaría las consecuencias, pues suyo fue el error. Estaba claro que los hombres de la habitación no tenían ni la más remota idea de a qué criatura acababan de mutilar, de qué terribles consecuencias podía crear ella en el interior de esa tienda con un simple susurro de sus labios. Estaba claro que aquellas personas eran almas sin ningún don, incapaces de sentir la magia que de ella emanaba.

—¡Ahora sí te puedes ir! —ladró el propietario de la casa de empeños mientras se limpiaba del delantal una gota de la

sangre de Larkyra—. Y que esto te sirva como recordatorio de que no deberías ir por ahí robándole a gente como mi mujer y yo.

Agitó el anillo de su esposa ante las narices de Larkyra. La gema verde brillaba con sorna a la luz de las velas.

«Pues tal vez deberías decirle a tu mujer que no lo vaya exhibiendo tan ostentosamente por los bajos fondos», pensó Larkyra mientras se levantaba con la poca dignidad que le quedaba. No le dieron margen: los secuaces la agarraron sin permiso y la empujaron fuera del local.

Larkyra cayó al suelo mojado. El golpe provocó un dolor agónico en su mano herida.

La tarde se había convertido en noche y la gente la esquivaba en lugar de ayudarla. Todo el mundo se apresuraba en llegar a casa antes de que abriesen sus puertas esos negocios que solo interesaban a aquellos que tenían ciertos gustos adquiridos.

Larkyra respiró hondo mientras se incorporaba. Lo único que quería era gritar a pleno pulmón, rendirse a lo que su magia le rogaba. Pero no lo hizo.

No era capaz.

Y no solo porque estaba en mitad de su Lierenfast —su periodo destinado a vivir sin magia—, sino porque no podía arriesgarse a volver a hacer daño a gente inocente. A Larkyra le llevó años de práctica domar su voz para pasar de las meras notas mágicas de dolor y rabia, a la más absoluta destrucción y, más tarde, a ser capaz de domesticarla para hacer los hechizos más complejos. Pero cuando estaba así de alterada, le resultaba mucho más difícil mantener el control de su propio poder.

«Por los dioses perdidos —pensó Larkyra, frustrada, mientras recorría los bajos fondos apretándose la mano contra el pecho—. ¡Ojalá fuera libre para sentir sin ataduras!».

Deseaba poder reír, berrear y gritar el nombre de alguien sin miedo a que su magia se trenzara con sus palabras.

Los ojos le escocían por las lágrimas que le asomaban. Pronto sería incapaz de contenerlas.

Necesitaba encontrar un lugar donde estar a solas.

Así que dejó atrás el Mercado de Medianoche y no se detuvo hasta llegar a la calle del Encuentro.

La mezcla de olores —sudor, orina y fogatas— se instaló en la nariz de Larkyra mientras la joven se abría paso entre tenderetes apiñados como fortalezas infantiles. Ahí se escondía la gente que, además de no tener nada, deseaba ser olvidada. Se aferraban a las sombras igual que ella se apretaba la mano ahora deforme.

—No nos mires —le decían todos.

—¡Palomita! —le graznó una mujer que parecía un simple montón de harapos con un par de ojos azules—. Vas goteando como un barril de vino en el cumpleaños de un miembro del Consejo. Ven aquí y déjame que me ocupe de eso.

Larkyra negó con la cabeza. Estaba dispuesta a irse hasta que la mujer añadió:

—Puede que la pierdas entera si no evitas que se te infecte.

Larkyra dudó.

«Necesito estar sola», pensó.

—Apenas tardaré unos cuantos granos de arena —insistió el montón de harapos—. Ven aquí. Muy bien. Acércala al fuego para que pueda ver cuánto has sufrido.

«No solo sufro por lo que tengo en la mano...», pensó Larkyra mientras la mujer le examinaba el dedo.

—Vas a sentir como si te achicharraras, pero hay que interrumpir el sangrado. —La mujer sacó del fuego una pieza plana de metal. Larkyra contuvo un siseo de dolor cuando lo hundió contra su dedo amputado. El olor a carne quemada le llenó las fosas nasales y, por un momento, sintió que estaba

a punto de desmayarse—. Muy bien. La peor parte ya ha pasado, palomita. Te has portado mucho mejor que la mayoría.

«Porque sé lo que es sufrir de verdad», reflexionó Larkyra mientras sentía en sus hombros el peso del cansancio.

Aquel no había sido un buen día.

—Espero que haya merecido la pena —musitó la mujer volviendo a su tarea—. A mí me sirvió —aseguró sonriendo con sus dientes amarillos mientras le enseñaba a la joven el hueco donde una vez tuvo un meñique. Era una herida vieja, puede que tan vieja como aquella mujer—. Era la perla más grande que había visto nunca. Mi piedra de nacimiento, además —recordó la anciana mientras extendía la mano como si todavía pudiese ver allí la joya.

Larkyra sonrió levemente.

—Era un anillo precioso —aseguró la mujer—, y supongo que entonces mis manos también eran preciosas. Pero las cosas bonitas nunca duran. Será mejor que lo tengas presente, palomita.

Larkyra asintió y logró relajarse un poco al notar cómo la anciana le limpiaba y le vendaba la mano. Se empleaba a fondo, aunque solo tenía a su disposición agua de lluvia y jirones de sus propios harapos.

—¡Lista! ¡Como nueva! —afirmó la mujer cuando Larkyra levantó el dedo recién vendado.

A pesar de cómo se sentía, Larkyra se obligó a reunir fuerzas de cara a lo que iba a hacer justo después. Se aferró a sus recientes frustraciones para recordar lo que había aprendido sobre el control de sus dones. «Contrólate», le ordenó a su magia mientras inspiraba y espiraba. La joven tuvo que hacer todo ese esfuerzo solo para poder decir una palabra:

—Gracias.

La anciana asintió, sentándose. Cerró los ojos y fue como si nunca hubiese estado allí.

Larkyra se encaminó hacia una zona más siniestra de la calle del Encuentro. Allí, la penumbra pasaba de estar salpicada por destellos de hogueras a ser una densa oscuridad. Solo la luna creciente iluminaba con timidez los cuerpos agazapados que confiaban sus pensamientos a las paredes.

Allí fue donde Larkyra encontró un callejón solitario, lleno de basura putrefacta, en el que ni la luz de la luna se atrevía a llegar hasta el final. Se dejó caer al suelo y la frialdad de la piedra le supuso un alivio en la espalda. Larkyra se aferró a su mano herida.

Por fin estaba sola.

Y ser consciente de ello le permitió emitir un levísimo ruido.

Un sonido que se convirtió en un sollozo.

Se le escaparon algunas volutas amarillas de magia mientras lloraba. Y no lo hacía por el dedo perdido. Después de todo, aún le quedaban nueve y sabía que había gente pasándolo mucho peor que ella.

No, Larkyra lloraba por todas las veces que no había podido hacerlo. Por todos los momentos, y fueron muchos, en los que tuvo que mantenerse en silencio, callada, controlándose, mostrándose contenta cuando estaba triste. Lloró por los diecinueve años que llevaba tratando de ser buena. O, mejor dicho, por haberse visto obligada a tener que intentarlo. Larkyra lloraba porque era más seguro que gritar.

Y no paró de hacerlo hasta que el sueño se apoderó de ella.

Por la mañana, Larkyra encontró un montón de ratas. Aquellas eran las únicas criaturas en las que no había pensado mientras yacía en el callejón. Estaban todas abiertas en canal, como si en vez de lágrimas hubiese llorado cuchillos.



Tres días después, Larkyra estaba de mucho mejor humor.

Nunca había sido demasiado propensa a la melancolía.

Y, además, era un día especial. Tras llevar un mes viviendo de aquella manera, su Lierenfast por fin terminaba. O lo haría tan pronto como llegase a casa.

Además, era su cumpleaños.

Con una sutil melodía en mente, Larkyra recorrió el camino que llevaba de los bajos fondos a los anillos exteriores de la ciudad. Mientras atravesaba aquellas callejuelas abarrotadas, la humedad hacía que el sudor le bajase por el cuello. Los veranos en Jabari eran insoportables, pero a Larkyra le parecía que en aquella zona eran aún peores porque el sol estaba muy alto desde por la mañana temprano y cocía las callecitas de piedra rojiza por donde la brisa apenas se atrevía a pasar.

Al torcer una esquina, el aire se inundó del dulce aroma de los carritos que vendían cuadrados de arroz, así como de los murmullos y toses de aquellos residentes que vivían apiñados de una manera casi íntima. Larkyra se había acostumbrado a aquella parte de la ciudad; no le había quedado otra. A pesar de las dificultades con las que se había encontrado, se dio cuenta de que echaría de menos aquello. Los bajos fondos le recordaban a otras partes de otra ciudad, muy lejos de allí, a la que llamaba hogar.

Se rascó con suavidad la venda del dedo; la acompañaba un dolor punzante que no remitía. Se colocó bien sus prendas ajadas. Lo que había empezado siendo un conjunto sencillo pero impoluto de pechera y pantalón acabó convertido en un amasijo de jirones que se engarzaban en un intento desesperado de mantener su recato intacto. Aunque tampoco es que hubiera mucho que mirar. Larkyra siempre había sido la más delgada de las hermanas. Como a Niya le encantaba decir, la más pequeña era «un delicado pajarillo que por mucho que picotease no engordaba».

Aquel recuerdo de su hermana pelirroja despertó una sonrisa en los labios de Larkyra.

La primera sonrisa desde que perdió el dedo.

«Me muero de ganas de llegar a casa», pensó Larkyra mientras aceleraba el paso.

Pero, de repente, se le coló entre los dedos de los pies una masa tibia y húmeda. Al bajar la vista, Larkyra vio que acababa de pisar un buen montón de excrementos de caballo.

Durante un instante, lo único que hizo fue permanecer allí, de pie, observando sus sandalias que, si ya de por sí tenían un aspecto horrible, ahora, además, estaban cubiertas de estiércol.

Y entonces empezó a reírse.

Como tenía la magia adormecida en el vientre, el sonido de su risa era libre para flotar inofensivo en el viento como el zumbido de los colibrís. Varios de los transeúntes que pasaban a su alrededor se quedaron mirándola como si hubiera perdido la cabeza.

Pero nada iba a enturbiar la alegría de Larkyra.

—Vuelvo a casa —dijo sin dirigirse a nadie en particular mientras, con un sonido húmedo, movía los pies en aquel montón de estiércol—. Y, en cuanto llegue, voy a ir directa a la habitación de Niya y me voy a tumbar en su cama. Y me tamaré con sus sábanas. O, aún mejor, me tumbaré del revés para poner los pies sobre su almohada.

Aquel pensamiento le provocó a Larkyra otra risotada mientras reemprendía su camino. Su mente burbujeaba con tanta alegría que, por un momento, se olvidó del aspecto y el olor que debía de tener, así como del hecho de que ahora poseía cuatro dedos en vez de cinco.

¡Pero estaba volviendo a casa!

Al cruzar un puentecito que llegaba hasta el último de los

anillos de los bajos fondos, un ruido hizo que echase un vistazo a uno de los callejones laterales.

Un grupo de personas que se parecían mucho a ella estaban rodeando a un hombre que no se parecía a ninguno de ellos. Sus buenos ropajes mostraban que tenía un alto nivel de vida y sus botas enceradas emitían un brillo que hacía juego con el de la espada que blandía.

Estaba armado, pero también en franca minoría. Además, sus oponentes portaban picas muy toscas y bolas de hierro con pinchos.

Quienes se criaban en los bajos fondos aprendían muy rápido a desentenderse de los enfrentamientos como aquel. La supervivencia no estaba solo reservada a los más fuertes, sino también a los que mantenían sus narices alejadas de los problemas ajenos. Pero Larkyra no encajaba en esa descripción ni por asomo, por lo que sintió una punzada de empatía en el pecho que la arrastró hasta el callejón.

—No busco pelea —dijo el hombre con un acento muy marcado que mostraba su buena educación.

—Pues no pelees —respondió sonriendo uno de aquellos bribones, que tenía la espalda tan ancha como dos hombres—. Danos todo lo que lleves en la bolsa.

—¡Y la espada! —añadió otro rufián.

—¡Y esa bonita capa! —agregó un tercero.

—¡Y las botas! ¡Me gustan esas botas tan brillantes! —exclamó el cuarto.

—Si haces eso, te dejaremos en paz —aseguró el primero de todos.

—¿Y por qué dejarlo así? ¿Por qué no os lleváis toda mi ropa? —los retó el hombre.

—No... No somos tan avariciosos.

El joven levantó una ceja sorprendido.

—Me alegra saber que tenéis principios...

El rufián de mayor tamaño se le acercó amenazadoramente enarbolando su arma y dijo:

—Señores, creo que se está riendo de nosotros.

—Y si él no se está riendo de vosotros, yo sí que lo estoy haciendo —comentó Larkyra desde donde lo estaba observando todo apoyada contra el muro.

—¿Quién eres tú? —ladró el líder, haciendo que todos la mirasen.

—Solo vengo a deciros que dejéis en paz a ese pobre hombre.

—Este hombre no tiene nada de pobre, sabandija —le respondió el más robusto soltando una carcajada—. Ahora sigue tu camino y te prometemos que no serás la siguiente en salir herida.

—No va a ser posible —dijo Larkyra sintiendo que su magia empezaba a bullir en su tripa.

—¿Y eso por qué?

—Bueno, pues porque hoy es mi cumpleaños y me encantaría pasarlo sin ver cómo asaltan o matan a nadie.

—Pues deberías haber pasado el día en la cama, sabandija, o haberte arrancado esos bonitos ojos azules, porque aquí no hay día en el que no pase una de esas cosas.

—Lo sé —afirmó Larkyra—, pero aun así me gustaría intentarlo. Así que os lo repito: deberíais marcharos.

De aquel grupo de hombres escaparon más risitas.

—Señorita, por favor, lo tengo todo bajo control —dijo el hombre al que habían acorralado.

—¿Y por cuánto tiempo? —le preguntó Larkyra.

Pareció pensar en ello mientras escrutaba a sus oponentes.

Estos lo miraron con desdén y alzaron sus armas.

A Larkyra no le apetecía pelear, pero tampoco quería marcharse sin más. De ninguna forma. Aunque también era cierto que con una sola mano...

«Es cosa mía, déjame que lo haga por ti», susurró su magia.

Larkyra le ofreció una caricia interna a sus poderes, que ya bullían inquietos a la altura de sus pulmones. Era como una domadora calmando a un tigre hambriento.

«No te metas», pensó, tratando de persuadir a su magia.

Larkyra ya había percibido que este grupo no poseía los dones de los dioses perdidos, lo que era bastante común en Jabari. Esa fue una de las razones por las que decidió intervenir. Quería ayudar, pero también quería hacerlo rápido y sin llamar la atención. Y aunque se suponía que no debía usarla, que debía pasar el día sin ella porque era la última jornada de su Lierenfast, decidió que un poco de magia no haría daño a nadie. No al menos en el estado en que se encontraba: tranquila, serena y contenida.

Larkyra ya lo había decidido. Sus poderes le hacían cosquillas en la garganta.

—¡Ahora!

Una ráfaga de su magia amarilla estalló contra la cara de los rufianes interrumpiendo de súbito sus risas.

Larkyra se acercó a ellos y, en tono de advertencia, les dijo:

—Seguid vuestro camino o lo pagaréis con algo más que sangre.

Si alguno de los transeúntes tuviera la Visión, algo que poseían todos los tocados con los dones de los dioses perdidos, habrían observado cómo cada una de las palabras de Larkyra desprendía una cálida niebla de color miel que se posaba sobre la cabeza de sus víctimas. Pero allí nadie disfrutaba de aquellos dones, así que nadie vio nada.

Aquellos hombres parpadearon con los ojos vidriosos antes de darse la vuelta y marcharse de allí.

El callejón quedó en silencio y la magia se retiró.

—Bueno... —dijo una voz detrás de la joven—. Todo esto ha sido bastante extraño... Pero te doy las gracias.

Larkyra vio cómo aquel señor tan refinado volvía a envainar su espada mientras la observaba con una mirada curiosa.

Cuando se quedaron a solas, la chica tuvo ocasión de observarlo con tranquilidad.

Supo algo de forma instantánea: era muy hermoso.

Insoportablemente hermoso.

Su pelo de un cobrizo intenso desprendía un resplandor que atravesaba el callejón y que contrastaba muy bien con su piel pálida y su atuendo oscuro. Sus rasgos marcados exudaban juventud, pero sus ojos verdes interponían un muro de calculada desconfianza. Larkyra se preguntó si ese joven siempre llevaba aquel atuendo o si solo se lo había puesto para despertar el interés en sus riquezas de cualquier golfo de la zona.

—Ha sido muy tonto por tu parte pasearte por aquí vestido así —le dijo Larkyra.

—Sí, tendría que haberlo pensado mejor —dijo el joven echándose un vistazo—. Pero estas eran las ropas más sencillas que encontré a mano.

—Brillas como una moneda nueva de cobre en un montón de mierda —le espetó Larkyra—. Cualquiera que te vea se querrá quedar contigo.

—¿Eso es lo que estás haciendo ahora mismo? ¿Quedarte conmigo?

—Creí que era obvio que te estaba salvando —le contestó la chica enarcando una ceja.

—Sí... —susurró el hombre—. Ha sido impresionante. ¿Cómo conseguiste que te hiciesen caso?

Larkyra disimuló una punzada de fastidio.

—Ahí te quedas con tu bolsita de monedas, tu capa, tu espada y tus botas lustrosas. ¿Qué importa cómo lo he conseguido? Vuelve ya al sitio del que provienes. No creo que me apetezca volver a salvarte.

Larkyra se dirigió hacia la calle principal. El joven la siguió.

—Ese es el problema: trataba de volver al sitio del que «provengo», como tú dices. Pero, verás... Parece que... en fin...

—Que te has perdido —lo interrumpió Larkyra.

—Sí —contestó el joven.

Larkyra dejó escapar un suspiro que llamó la atención de los viandantes, quienes, sin duda, dieron por hecho que aquella chica intentaba engañar de alguna forma a aquel hombre tan bien educado con el que estaba hablando.

—Sígueme —le dijo Larkyra.

—¿Dónde vamos?

—¿No eres muy listo, verdad?

—¿Me vas a llevar de vuelta a casa?

—Te voy a sacar de aquí. El camino a casa tendrás que localizarlo tú una vez que lleguemos al anillo central.

—Eso sí creo que podré hacerlo.

«Qué menos», pensó Larkyra mientras se internaban entre los quiebros y atajos del laberinto de los bajos fondos.

Larkyra seguía observando al chico que llevaba a su lado. Era alto y delgado sin llegar a ser esquelético. Saltaba a la vista que su poder residía más en su velocidad que en su fuerza bruta.

—¿Y qué haces por aquí? —le preguntó a aquel joven después de un buen rato.

—Estoy en Jabari por una Eumar Journée —le contestó posando en ella sus ojos verdes.

Larkyra sabía que él tenía claro que ella le estaba preguntando qué hacía por los bajos fondos, pero era obvio que no

quería hablar sobre el asunto que le había llevado hasta allí. Larkyra era respetuosa con los secretos ajenos, así que no insistió.

—Es una celebración de cumpleaños para una chica que ha alcanzado los diecinueve años, la mayoría de edad —explicó el chico mientras caminaban por un puente abarrotado.

—Ya sé lo que es una Eumar Journé —lo cortó Larkyra—. ¿De qué familia es?

—Estoy seguro de que no los conoces.

—¿Y por qué estás tan seguro?

—Bueno... Pues... Yo...

Larkyra ocultó la sonrisa que le produjo ver el rubor que invadió el rostro del joven. A pesar del retraso que aquello le iba a suponer, la chica decidió que merecía la pena disfrutar de aquella extraña compañía.

—Se trata de los Bassette —acabó admitiendo el pelirrojo.

—Ah... —contestó Larkyra sintiendo un pellizco en el estómago al oír ese nombre—. Una familia del Consejo. Seguro que organizan una gran fiesta.

—Sí —dijo el muchacho, examinándola—. ¿Antes dijiste que hoy es también tu cumpleaños?

—Así es.

—Felicidades. Espero que tengas un gran día.

—Lo será en cuanto te deje ir.

El joven sonrió tras la pulla. Durante unos instantes, aquella pilluela y aquel caballero caminaron codo con codo con idéntica expresión en las caras.

—¿Te duele? —preguntó él observando la mano que ella se acercaba al pecho.

Larkyra se sonrojó al darse cuenta de que llevaba tiempo sin cambiarse las vendas. Además, eso le hizo pensar que estaba más que sucia y que, sin duda, teniendo en cuenta el estiércol que le cubría los zapatos, apestaría muchísimo.

—No tanto como me ha dolido en otros momentos —le contestó dejando de lado el pudor.

—¿Qué te pasó?

—Decidí que no me gustaban demasiado algunos de mis dedos, así que me lo arranqué de un mordisco.

—No tienes por qué mentirme —le dijo el chico.

—¿Cómo sabes que te estoy mintiendo? —le contestó Larkyra.

—Porque la mentira y yo somos viejos conocidos.

Larkyra lo miró y vio en sus ojos un destello de frustración; no hacia ella, sino hacia el asunto al que se estuviera refiriendo.

—Ya estamos —dijo Larkyra cambiando de tema—. ¿Sabrías llegar a tu destino desde aquí?

El mozo miró a su alrededor. Estaban en mitad del mercado del anillo. El sonido de los vendedores gritándoles sus precios a los compradores se mezclaba con el aroma salado de la comida callejera que cocinaban al fuego.

—Sí. Podré encontrar mi destino —dijo el caballero.

—Bien.

—Gracias de nuevo —le dijo extendiéndole una mano enguantada—. Te debo una bien grande por lo que has hecho hoy.

Larkyra observó aquella mano que él le ofrecía. La piel del guante estaba limpiísima en comparación con la suciedad de su propia piel. Incluso habiéndole salvado la vida, el hombre estaba siendo la mar de amable con una criatura como ella: una alimaña callejera, una donnadie en comparación con alguien como él.

Despacio, colocó su mano buena sobre la de él. Le pareció que su apretón era cálido y firme.

—Me llamo Darius, por cierto. Darius Mekenna de Lachlan.

—Ha sido interesante conocerte, Darius Mekenna de Lachlan —dijo Larkyra antes de girarse.

—¡Espera! —exclamó él. Ella lo miró por encima del hombro—. Puedo devolverte una parte de lo que ahora te debo. ¿Tienes hambre?

Una parte de Larkyra se moría por decir que sí, porque tenía hambre. Además, cada vez sentía más curiosidad por este hombre cuya sonrisa le resultaba tan reconfortante. Pero..., ay, qué pena.

—Me temo que no —le contestó—. Tendrás que devolverme el favor otro día.

—¿Y si no nos volvemos a ver? —preguntó Darius frunciendo el ceño.

—Los dioses perdidos obran de maneras misteriosas —dijo Larkyra con una sonrisa—. Puede que sí nos volvamos a encontrar, ¿quién sabe?

Larkyra echó a andar, mezclándose con la multitud. Se aseguró de no volver la vista atrás.

Muy pronto llegó a una de las partes más adineradas de la ciudad, el anillo central. Allí su aspecto llamaba la atención como un corte ensangrentado en una piel de ébano. Aunque por todo Jabari se podían encontrar lugares hermosos, este se llevaba la palma. Los edificios, literalmente, resplandecían con oro, marfil y plata.

Larkyra se descubrió admirando extasiada la ciudad en que nació. Era tan alta como ancha y tan profunda como estrecha. El epicentro de Jabari se alzaba desde la costa hasta la cresta de una montaña. La arquitectura, refinada y ascendente, parecía querer tocar las nubes para encontrarse con los dioses perdidos. Larkyra sintió un nudo en la garganta cuando se paró a contemplar el mar de edificios que se extendía bajo sus pies.

A pesar de que los dioses perdidos habían abandonado

Aadilor muchas generaciones atrás, su magia aún perduraba en espacios concretos, islas remotas y ciudades cubiertas por la jungla. Jabari estaba condenada a ser un lugar sin dones mágicos, pero eso no la hacía menos esplendorosa. Todo aquel asunto seguía muy vivo en los cuentos de antes de ir a dormir: los padres susurraban a sus hijos, estupefactos, que aún quedaban entre ellos algunos seres bendecidos que solían esconderse de la mirada ajena. «Seres como yo», pensó Larkyra.

Al aproximarse a la gran hacienda que dominaba el final de aquella calle, Larkyra se detuvo en la puerta. Era enorme, ocupaba tres manzanas y tenía grandes columnas salomónicas que atravesaban varias plantas. El edificio exhibía hermosos ventanales y, aunque no se podía ver desde la calle, Larkyra sabía que una inmensa cúpula de cristal ocupaba el centro del mismo. Exóticas flores de color púrpura, rojo y azul enmarcaban un camino de piedra que conducía hasta la puerta principal.

Larkyra respiró hondo para disfrutar de la rica fragancia. Sabía que la entrada de servicio estaba en un lateral, por un caminito que podía pasar desapercibido. El portón se abrió con un simple silbido de sus labios. Al franquearlo, Larkyra no giró hacia la izquierda, a la parte trasera del edificio; lo que hizo fue cruzar a través de un invisible velo de magia, un punto de espesor en el aire que le acarició la piel y que, al reconocerla, le permitió atravesarlo. Caminó en línea recta hacia la entrada principal y se detuvo ante una puerta de color dorado finamente labrada.

Mientras tiraba de la cuerda que tocaba el timbre, estudió la historia que con gran delicadeza decoraba aquella superficie: el cuento de tres niñas y sus poderes mágicos.

Las figuras estaban en bajorrelieve, como si viviesen atrapadas entre dos mundos: cada una de ellas tenía un pie que

avanzaba hacia el sol y otro que desaparecía tras la superficie plana, hacia un lugar desconocido. Más arriba, la mirada de Larkyra se posó en una adulta con una vestimenta vaporosa. La elegante dama sonreía sentada junto a un hombre con una gran barba que solo le prestaba atención a ella y a las niñas. Larkyra sintió un nudo en la garganta al observar los ojos vacíos de la mujer y la sonrisa que tanto se parecía a la suya, y entonces la pesada puerta se abrió.

Un hombre muy delgado con facciones de ave y traje de mayordomo miró a Larkyra. Ni siquiera parpadeó ante el aspecto que la chica presentaba. Tampoco retrocedió ni mostró ningún signo de sorpresa al encontrarse de frente con una pilluela de Jabari en la puerta de la casa.

Simplemente inclinó la cabeza y se hizo a un lado.

—Lady Bassette, bienvenida a casa.